

HISPANO, HÉROE EPÓNIMO DE HISPANIA

Por Roberto MATESANZ GASCÓN

I. EL MITO

Hispano es un oscuro personaje, al que la Antigüedad consagró como héroe epónimo de Hispania mediante alguna cita no menos oscura. En cuanto a extensión y precisión, cuesta trabajo imaginar un debut historiográfico más miserable que el suyo. Justino (*Epítome*, XLIV, 1, 2-3) sólo comenta que los antiguos llamaron a la península ibérica, primero Hiberia, por el río Hiberno, y después Hispania, por Hispalo. Si bien la versión quizás más autorizada del manuscrito habla de un Hispalo, en otras aparece la forma Hispano (MANGAS y PLÁCIDO, 1999: nº 126; CASTRO SÁNCHEZ, 1995: nota 1175). Analizaremos estas variantes. De momento señalo que considero *Hispano* la forma de realización más correcta del nombre, por razones que veremos en su momento.

Durante los últimos siglos la etimología se ha considerado espuria e Hispano una fábula para explicar el nombre de la península (GARCÍA Y BELLIDO, 1947). Pero nada invita a pensar que la cita sea errónea, salvo nuestro desconocimiento de este sujeto. Varias circunstancias han contribuido a esa percepción. El laconismo y la ambigüedad de la mención. Que a partir de la cita no podemos saber qué es lo que oculta (un teónimo, un topónimo, un antropónimo o varias cosas a la vez). O que ninguna otra fuente de la Antigüedad parezca dar cuenta de Hispano. Pero no cabe establecer una correlación directa entre el grado de verosimilitud de estos cultos heroicos y los testimonios contemporáneos con que contamos. Aunque el mundo mediterráneo antiguo fomentó el culto de múltiples héroes fundadores, sabemos de ellos sobre todo por tardías fuentes literarias greco-latinas, y sólo rara vez por el refrendo de algún testimonio arqueológico. De Cécrope, ningún epígrafe atestigua su culto; de Rómulo sólo se conocen tres dedicatorias epigráficas, dos de ellas del siglo IV d. C. (GASPERINI, 1997). Aunque son más los héroes fundadores de los que no queda ni un solo testimonio

epigráfico, estos casos son muy ilustrativos, pues Atenas y Roma no fueron durante la Antigüedad dos ciudades cualquiera, y sus legendarios fundadores gozaron de amplia popularidad. En consecuencia, la falta de documentación epigráfica o numismática contemporánea no invalida la afirmación de Justino más que los relatos tejidos en torno a Cécrope o a Rómulo. Además, es probable que sí existan alusiones a Hispano, documentadas bajo otras formas.

Pero parece evidente que también han contribuido al descrédito de este personaje las nulas menciones que del mismo se hacen en la historiografía inmediatamente posterior a Justino. Tras este, un oscuro silencio se cierne sobre Hispano, que sólo vuelve a ser mencionado varios siglos más tarde, por San Isidoro de Sevilla, aunque este, en *Etimologías*, XIV, 4, 28, hace poco más que citar el *Epítome*: «*Hispania prius ab Ibero amne Iberia nuncupata, postea ab Hispalo Hispania cognominata est. Ipsa est et vera Hesperia, ab Hespero, stella occidentali dicta*». Ciertamente, entre el texto original de Trogo Pompeyo y la mención de San Isidoro, se abre un abismo historiográfico de medio millar de años. Este persistente silencio y su lacónica mención en el *Epítome* han contribuido mucho a la consideración del personaje como mera ficción.

Pero no menos ha contribuido a ello un análisis historiográfico pobre o inexistente, o la adopción de análisis meramente filológicos, basados en una concepción «aditiva» (a veces en un sentido casi peyorativo) de la historiografía, que no comparto. Viene esto a cuento por que aunque no nos quedan mitos antiguos de Hispano, sí disponemos de mitos medievales sobre él. Sin embargo, los mismos se han considerado meras invenciones medievales. Por ejemplo, Robert B. Tate creía que Hispano podía haber sido creado por el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada, allá por el siglo XIII, movido por los avatares de la política internacional del momento y por los desarrollos historiográficos contemporáneos. Más en concreto, por la aparición de Franco, descendiente romano de Eneas, como fundador de la dinastía francesa en la crónica de Fredegario, y de Bruto en la historia de los británicos hecha por Godofredo de Monmouth. (TATE, 1957). Helena de Carlos Villamarín ha estudiado el mito de Hispano con mayor amplitud, analizando las fuentes anteriores a la obra del Toledano. Pero su enfoque y sus intereses son meramente filológicos (DE CARLOS VILLAMARÍN, 1993: 15). El enfoque de Estévez Sola parece asentarse en la noción de que cada nueva noticia que aparece sobre los antiguos reyes y héroes míticos en la historiografía hispana medieval es una nueva invención sin fundamento, de manera que de una referencia etimológica acaba saliendo un rey (ESTÉVEZ SOLA, 1990, 1993).

En estos enfoques que hemos mencionado hay mucho de verdad, pero también algo de error. A veces, con el paso del tiempo el texto histórico va acumulando noticias que en inicio le son extrañas, pero que no son necesariamente falsas. También dichas noticias surgen en momentos históricos precisos, pero eso tampoco implica que sean invenciones. Asimismo, que una noticia esté en un texto, y no en otro o en otros anterior/es, no implica por sí nada que deba inducirnos

a pensar que es falso. Si lo es o no, sólo nos lo dirá un análisis más amplio que el meramente filológico.

Analicemos el más completo mito de Hispano que conservamos. Se halla en la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio, escrita en el siglo XIII. Para entonces, siglos y siglos han ido depositando sobre él noticias e interpretaciones novedosas. Pero no por ello es una fábula desvinculada de una Antigüedad real. Es, sí, un mito tardío, pero no más cambiado de lo que debe estar, por ejemplo, la aventura de los Argonautas que nos transmite Apolonio de Rodas. El núcleo de lo que aparece en la *Estoria de España*, aunque resumido, se halla ya en la obra de Rodrigo Jiménez de Rada. Veamos qué nos transmite este.¹ El Toledano se ocupa del asunto en su libro I. Narra cómo Hércules, tras devastar España, puso bajo el yugo griego, por la fuerza de la espada, a sus gentes:

«...a las que la larga tranquilidad había hecho pacíficos e indolentes, ellos que por naturaleza son hostiles a la esclavitud, y les puso al frente a Hispán, un noble al que había criado desde la adolescencia, y por el nombre de éste llamó España a Hesperia.» (I, 5, 46-53).

El capítulo 6º es una digresión clásica basada en Virgilio (*Eneida*, VIII, 190-267), que cuenta la muerte de Caco, la destrucción de Ilión y la muerte del propio Hércules. El capítulo 7º, «Sobre las obras del rey Hispán», es el siguiente:

«Hispán, a quien Hércules había puesto al frente del desdichado pueblo de los hésperos, como era hábil, valeroso y de estirpe de héroes, reconstruyó la devastada España y llevó a cabo con sabiduría grandes obras, de las que aún quedan algunas: las torres en el faro de Galicia y en Gades, que todavía admiran los tiempos presentes. Levantó también una ciudad junto a una cordillera del Duero, al pie de una peña llamada Cobia, y como estaba situada junto a Cobia, fue llamada Segovia, en donde construyó un acueducto que con su formidable estructura continúa sirviendo a la ciudad en el suministro de agua... Por tanto, España permaneció sometida a la servidumbre de los griegos hasta los tiempos de los romanos...»

Después, sin solución de continuidad, Jiménez de Rada pasa a ocuparse de los godos desde el capítulo 8º, narrando su historia antes de su entrada en la península ibérica, de la que no vuelve a ocuparse hasta que los visigodos penetran en ella.

Más tarde, el tema será retomado por la *Estoria de España* mandada confeccionar por Alfonso X.² Resulta una trivialidad observar que esta obra es una

¹ Las citas están sacadas de: Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España* (introducción, traducción, notas e índices de Juan Fernández Valverde), Madrid, 1989. No obstante, nos conviene recordar que el Toledano escribió su obra en latín.

² *Primera Crónica General. Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1906 (2 vol.).

versión, romanzada y ampliada, de la de Jiménez de Rada, a la que sigue con enorme escrupulosidad en buena parte de sus páginas, aunque empleando el balbuciente castellano del siglo XIII:

«Desque Hercules ouo conquista toda Esperia e tornada en so sennorio, ouo sabor dir andar por el mundo por las otras tierras e prouar los grandes fechos que y fallasse; empero non quiso que fincasse la tierra sin omnes de so linage, en manera que por los que el y dexasse, fuesse sabudo que el la ganara; e por esso la poblo daquellas yentes que troxiera consigo que eran de Grecia, e puso en cada logar omnes de so linage. E sobre todos fizo sennor un so sobrino, que criara de pequenno, que auie nombre Espan; y esto fizo el por quel prouara por much esforçado e de buen seso; e por amor del camio el nombre a la tierra que ante dizien Esperia e pusol nombre Espanna» (*EE*, cap. VIII).

«Espan, sobrino dErcules, que finco por sennor en Espanna, andudo por la tierra e fizo la poblar y endereçar, ca era muy maltrecha y destroyda por la grand guerra que fiziera Hercules; e com era omne sabio y entendudo, sopesse apoderar della, e poblo los puertos de la mar e otrossi logares en las montannas, por o entendio que podrie uenir danno dotras yentes a la tierra; e poblo muy grandes uillas e buenas, e fizo y lauores marauillosas. E la una dellas es la cibdat a que agora llaman Segouia, e pusol este nombre por que fue poblada cab una penna que dizien Gouia, e alli fizo muy marauillosa obra pora adozir ell agua a la cibdat, assi cuemo oy dia parece. E acabo la torre del Faro que començara Hercules, que es cabo la Crunna; e com era omne muy sabidor, fizo fazer por grand sabiduria un grand espeio, que ueyen en el uenir las naues por el mar de muy luenne, e pusol en somo daquella torre; y esto fizo el por aguardar se dotras yentes sil uiniessen guerrear por mar. E por que ell era omne que amaua iusticia e derecho e fazie bien a los omnes, amauan le todos tanto, que assi cuemo Hercules se apoderaua de la tierra por fuerça, assi este se apoderaua della por amor. E desque toda la ouo poblada e assessegada, escoio pora su morada Caliz, la ysla de Hercules; y esto fizo el menbrandosse de la criança e del bien que Hercules le fiziera. E por que en el logar no auie poblança ninguna sino la torre que Hercules fiziera, ouo de morar en tiendas fasta que fizo y una uilla pequenna en que moraua.» (*EE*, cap. IX).

«Este rey Espan auie una fija hermosa, que auie nombre Liberia, y era much entenduda e sabidor destrolomia, ca la ensennara el que era ende el mas sabidor que auie en Espanna a essa sazón, ca lo aprisiera dErcules e de Allas el so estrellero; e por end ouo con ella su acuerdo de poblar Caliz. Mas era logar muy perigoso por tres cosas: la una porque no auie y abondo dagua, la otra por el braço del mar que auien a passar por nauio, la tercera por que era la tierra tan lodosa que non podien y llegar los omnes en iuierno sino a grand periglo dessi e de lo que trayen; e sobresto ouo conseio con su fija en que manera podrie poblar aquel logar. Ella dixol quel darie conseio, sol quel otorgasse que no la casasse si no con qui ella quisiesse; y el fiandosse en ella e por que tenie que lo dizie por su pro, otorgogelo. Espan no auie fijo ni fija que heredasse lo suyo sino aquella, e uiniengela pedir reyes y altos omnes dotras tierras, lo uno por ques era ella muy hermosa e muy sesuda, lo al por ques auie afinçar el regno a ella. E muchos la uinieron pedir desta guisa con qui ella non quiso casar, y estudio

assi un grand tiempo de guisa que el padre iua enuegeciendo; e los omnes de la tierra temieron se de su muert, e pidieron le mercet que casasse su fija, por que quando el finasse no fincasen ellos sin sennor. El dixoles que fuesen a ella y ge lo rogasen, y a el quel plazrie mucho. Ellos fueron y pidieron le mercet que casasse, y ella otorgogelo e dixo, que maguer auie puesto de non casar sino con qui ella quisiesse, que si a aquella sazón uiniesse alguno quel conuiniessse, que casarie con el, pues que ellos lo tienien por bien. Desi uinieron la pedir tres fijos de reyes muy ricos e con grand algo: ell uno era de Grecia, y ell otro dEscancia, el tercero dAffrica. El padre quando lo sopo plogol mucho con ellos, ca los uio muy fermosos e apuestos e bien razonados, e demas sopo que eran muy ricos omnes, e por ende recibiolos muy bien e fizoles mucha onra. Desi fablo cada uno con el, e pidieron le su fija; el dixo les que fuessen a ella, e de qual de ellos se pagasse, quel plazrie a el e que ie la darie. Ellos fizieron lo assi cuemo les el dixo, e fueron a ella, e depues que cada uno ouo dicho su razon, dixoles ella que uiniesen otro dia e que les darie respuesta a todos en uno. Ellos marauillaronse por que los mandaua assi uenir todos en uno, e touieron que era escarnio, pero fizieron lo assi; e quando uinieron otro dia a ella, preguntoles que qual dellos la amaua mas; e cada uno dixo por si que el. Estonce dixo ella que bien tenie que cada uno la amaua, mas en esto entendria que era assi: que fiziessen por ella lo que les dirie, e qual dellos ante lo acabasse, que con aquel casarie; ellos dixieron que les dixiesse lo que querie, que lo farien de buenamient. Estonce mostroles que aquel era el logar que su padre mas amaua, e alli querie fazer cabeça de tod el regno, e que amenos de tres cosas nos podrie fazer: la una seer la uilla bien cercada de muro e de torres, e auer y ricas casas pora el e pora con qui ella casasse; e la otra dauer y puente por o entrassen los omnes a la villa e por o uiniesse ell agua; la tercera que tan grandes eran los lodos en yuerno que non podien los omnes entrar alla, amenos de auer y calçadas por o uiniesse sin ebargo; e destas tres cosas que tomasse cada uno la suya, y el que primero lo acabasse que casarie con ella e serie sennor de toda la tierra. Ellos quand esto oyeron, tamanno sabor auie cada uno de casar con ella, que dixieron que lo farien, y enuiaron por muchos maestros, e con el grand algo que troxieran metieron y tan grand femencia, que a poco de tiempo fue cerca dacabado. Y el que primero lo acabo fue el de Grecia, que auie nombre Pirus, e aquel fiziera la puente, e auie tod el canno fecho pora traer ell agua; e fuesse pora la duenna e dixol cuemo auie su obra acabada. A ella plogol mucho, e otorgol que casarie con el, mas rogo que no dixiesse que lo auie acabado fasta que los otros ouiesse cerca dacabadas sus obras, y estonce que casarie con el, y el y ella que acabarien depues mas ligeramiente lo que fincasse. El fizolo assi, y atendio fasta que los otros ovieron cerca dacabado; estonce llamo al rey e mostrol cuemo auie acabado, e abrio el canno e dexo uenir ell agua a la uilla. Al rey plogol e casol con su fija, e a los otros dio muy grandes dones, y enuiolos dessi los mas pagados que el pudo. En esta manera fue poblada la uilla de Caliz y la ysla, que fue una de las mas nobles cosas que ouo en Espanna; e tanto la amaua el rey Espan que alli puso su siella e se coronó, e fizo la cabeça de toda su tierra e assi lo fue en su uida. Depues desto visco el rey Espan poco tiempo, e fue muy amado en toda Espanna, e ouo muy buenos annos e much abondados en su uida. E murio a ueynt annos depues que Troya fue destroyda la segunda uez,

e fue mucho llannido de los espanoles, assi que algunos y ouo ques mataron por el y otros que numqua quisieron reyr ni auer alegria ninguna ni uestir panno de color. E fue soterrado en Caliz.» (EE, cap. X).

Nos conviene observar con detenimiento a este Espan. En la larga historia que acabamos de reproducir se encuentran las claves que nos permiten conocer quién había sido, hacía siglos, esta figura. Ello es así porque nos proporciona un contexto cronológico y espacial para nuestro personaje. También, una caracterización del mismo. El contexto espacial es claro: ante todo, Cádiz. Pero una Cádiz arcaica, la antigua Gadir fenicia. Pues el contexto cronológico también es meridiano: un tiempo mítico, mas ahorquillado entre la fundación de Gadir por Hércules y la llegada de los cartagineses y los romanos (cuyas historias sólo más tarde rememoraré la *Estoria de España* alfonsí). Según Veleyo Patérculo los fenicios, navegando desde Tiro, fundaron Gadir hacia el 1100 a. C., aunque los trabajos arqueológicos sólo han conseguido retrotraer esa fundación hasta el siglo VIII a. C. Allí fundaron el templo a Melqart (el Hércules fenicio), el *Herakleion* de nuestras fuentes clásicas, cuya existencia se prolongará hasta los primeros siglos de la Era cristiana. En realidad Hércules vino a España y fundó Cádiz, como es lógico, sólo en el sentido de que fue traído a la misma, en este caso por los navegantes tirios, que implantaron su culto en Gadir.

Pero sigamos analizando la evemerizada historia que nos cuenta la crónica alfonsí. Con Hércules llega a la península un hombre al que dejará como delegado suyo en la misma: Espan, el cual tiene una hija, Liberia (en otros manuscritos, Iberia). Espan es un extranjero, un héroe epónimo venido de fuera de la península, que tomará su nombre de él. ¿De dónde proviene? La crónica alfonsí y la del Toledano dicen que este Hércules era el héroe griego. Pero al igual que debemos tomar con escepticismo la noticia de que un Hércules humano viniera a la península, debemos mirar con suspicacia que además fuera el héroe heleno. De hecho es fácil ver, a partir del contexto en que es situado, que ese Hércules griego no es tal, sino Melqart, el Hércules fenicio, cuya importancia en Gadir será notable durante más de un milenio, aunque con el tiempo acabará siendo sincretizado con el hijo de Zeus. Y moviéndonos en un contexto ineludiblemente fenicio, debemos considerar que tanto Espan como Liberia, al igual que Melqart-Hércules, pueden pertenecer al mismo. Después de todo, el epicentro de la historia peninsular de estos personajes, que vienen a la península con el Hércules fenicio, se desarrolla en una Gadir fenicia, que engrandecerán hasta hacerla cabeza de España, antes de que los cartagineses se apoderen de ella.

Por tanto, identificado con facilidad Hércules, pasemos a examinar con más detalle el personaje de Liberia. Sus rasgos son los propios de la diosa fenicia Astarté. Liberia es una gran entendida en astronomía. Una de las dimensiones de Astarté, plasmada en su propio nombre, era ser una divinidad astral. Según Herodiano (5, 6, 4) los fenicios llamaban a la Afrodita Urania *Astroarche*, «reina de los astros», Astarté, de la cual el nombre *Asteria* es su versión helenizada

(POVEDA NAVARRO, 1999). Liberia va a conseguir que se realicen varias obras, y en especial que se construya un acueducto destinado a llevar el agua hasta Cádiz (su autor, Pirus, será quien obtenga su mano). Astarté estaba ligada al culto a las aguas y a las obras hidráulicas dentro del mundo fenicio-púnico; su equivalente cartaginesa, Tanit, con la cual a veces sufrió un fuerte proceso de asimilación, jugaba el mismo papel en Cartago, asociándose su culto al agua; y en Itálica, parece haber sido venerada en la cabecera de los dos acueductos de la ciudad (BLÁZQUEZ, 1992: 487). Liberia será miembro fundador de la realeza «gaditana», hija de un rey cuya capital se sitúa en Gadir y heredera de su trono, en unos tiempos míticos anteriores a la llegada de los cartagineses. Según Filón de Biblos a Astarté se le había confiado la realeza fenicia. Su iconografía nos la presenta, de manera recurrente, entronizada, el gesto iconográfico que mejor ilustra sus múltiples prerrogativas. Ello es propio también de las colonias fenicias occidentales, donde a Astarté se le solía rendir culto entronizada (POVEDA NAVARRO, 1999).

Por último, Liberia va a jugar un papel esencial a la hora de establecer vínculos con un personaje extranjero, para el caso griego. Y el templo de Astarté jugaba un importante papel en las relaciones internacionales de los enclaves fenicios. Durante el III milenio a. C. es posible que los intercambios y las relaciones entre Egipto y Biblos ya se desarrollaran bajo el patronazgo una divinidad femenina, la Gran Señora de Biblos (*Baalat Gubal*), es decir, Astarté, cuyo templo gozaría de notoria importancia política y económica, al ser sede de una divinidad más o menos común a estados diferentes (DIEGO ESPINEL, 1998). Con toda seguridad esto ocurre ya durante la segunda mitad del I milenio a. C., cuando conocidos puertos albergan santuarios dedicados a Astarté: Paphos, El Pireo, Erice, Cagliari, Pyrgi, además de los templos de Tiro, Sidón, y Tas Silg, en Malta. Estos santuarios eran punto de encuentro de mercaderes extranjeros, que negociaban bajo su protección. El papel del templo, como lugar neutral de intercambio, adquirió todo su protagonismo en sitios como Malta, donde el santuario de Astarté, en un emplazamiento portuario extraurbano y con una administración independiente, era garante de la seguridad de hombres y mercancías, hasta el punto de adquirir rango de santuario internacional. El templo extraurbano permitía relacionarse con los extranjeros, jugando así el papel de intermediario con el exterior, impulsando contactos con extranjeros, comerciantes y colonizadores (VIDAL GONZÁLEZ, 1998).

En Gadir, a Astarté se le rindió culto en la isla de San Sebastián (Avieno, *OM*, 315-317), en el que las fuentes denominan el templo de la Venus Marina. El enlace entre Astarté y Pirus, a tenor del *raid* que va a protagonizar este último tras coronarse rey de Cádiz, parece ser ante todo un enlace o *entente* comercial, puesto por parte gaditana bajo la protección del templo de Astarté en Gadir, y que bien puede estar en la base de la fulgurante invasión de productos griegos que tras la caída de Tiro, y antes de la intervención cartaginesa en la península, va a tener lugar. De hecho, los pretendientes de Liberia parecen representar diferentes intereses: los de las ciudades griegas, los de Cartago y los de los fundidores

atlánticos, los cuales intentan ser avalados mediante contraprestaciones consistentes en la realización de infraestructuras en Cádiz. No obstante, todas estas cuestiones exigen estudiar un pasaje de la crónica (y fuentes primarias) ajeno al que nos ocupa. Pasemos por tanto a Espan, una vez ha sido identificada su supuesta hija, Liberia, *alias* Astarté.

Espan es un personaje más oscuro. Sin embargo, también es identificable. En la crónica se le sitúa en un nivel paritario con Hércules (Melqart) y con Liberia (Astarté), y por tanto debemos sospecharle un carácter análogo al de estos. Ahora bien, las fuentes antiguas mencionan la existencia en Gadir de tres santuarios o templos: el *Herakleion*, o templo de Heracles; el templo de la Venus Marina, dedicado a Astarté; y un tercer santuario, el *Cronion*, bajo la advocación de un dios que la *interpretatio* latina encubrió bajo los ropajes de Saturno. Se sabe muy poco de estos santuarios, para los que no hay apoyo arqueológico; en Erytheia, la isla menor, estaría el de la Venus Marina, es decir, la Astarté fenicia, en un promontorio que penetraba hacia el mar (ESCACENA, 1986). El de Heracles, famosísimo en la Antigüedad, fue visitado por Aníbal y Julio César, entre otros célebres personajes, y parece haber estado situado al este de Gadir.

En el tercero, consagrado a Saturno-Cronos según las fuentes greco-latinas, se desarrollaba en realidad el culto a una tercera divinidad semita: Baal. ¿Qué significaba este término? Se trataba de un concepto ambiguo y genérico, con un amplio registro semántico. Baal (en grafías semitas, *B'l*) significaba «amo», «señor», pero a veces también «ciudadano» en sentido político. Eran los distintos determinantes que lo acompañaban los que concretaban las atribuciones y características de los respectivos *Ba'alim* en los panteones semitas. Así, examinando estos nos encontramos con Ba'al Shamim, Ba'al Magonim, Ba'al Hammon, Ba'al Malague... entre otros muchos, siendo el segundo término de estos binomios la parte «personal» de cada uno de los teónimos (MARÍN CEBALLOS, 1979-1980; RIBICHINI, 1988; LANCEL, 1994: 182-183; SANMARTÍN, 1999). En la Gadir fenicia se supone que era Ba'al Hammon el que recibía adoración, pero la apreciación se basa solo en que esta fue la principal manifestación baálica dentro del mundo púnico. No obstante, ningún indicio directo o indirecto avala tal identificación. Y además, estamos razonablemente seguros de que cada enclave semita de cierta relevancia disponía de un panteón más o menos diferenciado. Lo más adecuado que podemos decir es que, de momento, no sabemos a que Baal, es decir, a qué «Señor», se rindió culto en el *Cronion* gaditano.

Pero en el cuerpo mitológico fenicio-púnico hay documentado un Baal muy interesante para nosotros: el Baal Sapanu, o Baal Saphon, cuyo esqueleto gráfico, consonántico, como es habitual en las lenguas semitas, era *B'l Spn*. Lo primero que resalta al comparar esta grafía con el término Hispano/Espan, es que el primer término del binomio ha desaparecido por completo. Ello puede deberse, entre otras razones, a su función genérica. Señalemos que el proceso por el cual *B'l Spn* pudo acabar convertido, en la tradición manuscrita latina, en Hispano, implica la desaparición de su denominación genérica de *B'l*, por razones que no podemos

precisar. Por lo demás, el esqueleto gráfico consonántico de ambos nombres se corresponde de manera notable.

El *B'ī Spn*, viejo dios cananeo, nos es razonablemente bien conocido gracias a los textos ugaríticos del II milenio a. C. Este dios es en ellos el «Señor del Sapanu», accidente orográfico que no es otro que el Monte Casio tan caro a otros cuerpos mitológicos de la Antigüedad, y que en tiempos dominaba la activa ciudad levantina de Ugarit, antes de su desaparición (DEL OLMO LETE, 1981, *passim*). Para los habitantes de Ugarit, el Sapanu era la morada de su divinidad principal, de su Baal, de su «Señor», el Señor del Sapanu, el cual tenía características de Dios de la Tempestad. Casio (*Kassios*) parece no ser más que la posterior transposición helena del término hitita *Hazzi*, el cual a su vez había sido la realización típica dentro del mundo hitita del topónimo ugarítico *Sapanu* (BONNET, 1987).

No obstante, en el ámbito semita del I milenio a. C., el término se aplicó a diversos sitios. El concepto de Sapanu parece haber sido en buena medida un concepto de geografía mítica, liminal y ubicuo. Los hebreos que acompañaron a Moisés en su salida de Egipto fueron alcanzados por el faraón, en el Sinaí, a la altura del monte Belsafón (*Éxodo*, 14, 9); siglos más tarde, Heródoto (II, 6, 1) señalará que a orillas del lago Serbónide, límite costero oriental de Egipto, se alza el monte Casio. (Dicho sea de paso, la especial devoción mostrada precisamente por un emperador hispano, Adriano, natural de Itálica, al Zeus Kassios, tiene una de sus manifestaciones en su acto de consagrar un templo a dicha divinidad en esta elevación egipcia). A la inversa, la recuperación en el Cabo de Palos, cerca de Cartago Nova, de varias anclas de plomo, algunas con la inscripción Zeus Kassios, hace suponer un posible culto a este en el lugar durante la Antigüedad; y por tratarse de un área geográfica muy semitizada durante siglos se ha considerado que ese Zeus Kassios no es más que la interpretación griega del Baal Saphon semita (MARÍN CEBALLOS, 1979-1980, 1994).

Pero sobre todo, un Mons Cassius hubo en la propia Gadir. A tenor de lo señalado por Avieno (*OM*, 259-264) estaba al lado de lo que se denominaba el cabo del Templo («*Cassius inde mons tumet... inde fani est prominens... Gerontis arx est eminus...*»; *FHA*, I), el cual probablemente no era otro que el templo de Cronos (es decir, Baal) pues el periplo de Avieno se desarrolla en dirección Oeste-Este; y Estrabón (III 5, 3) sitúa el *Cronion* en el extremo occidental del enclave gaditano, mientras que el *Herakleion* se ubicaba en su extremo oriental. Se ha señalado ya que ese *Mons Cassius* encubre un Monte Saphon (BLÁZQUEZ, 1992: 469). En mi opinión, el templo estaba bajo la advocación de esa misma divinidad, y no bajo la de Baal Hammon. Y asimismo, creo que ese punto geográfico fue en un inicio, en sentido estricto, el epicentro del concepto de *Hispania*, siendo el dios que moraba en él el personaje que pervivirá en las fuentes literarias posteriores bajo los nombres de Hispán, Hispano, Hispalo o Espán.

El tamiz por el que ha sido pasado el personaje de Espán en la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio hace que este viejo dios semita haya perdido buena

parte de sus características primigenias. Aparece con el rostro de un perfecto caballero medieval. Noble y esforzado, *adelantado* de Hércules en Hispania, acabará siendo un rey justiciero empeñado en repoblar y construir villas y castillos, así como en *enderezar* la tierra. En realidad, su imagen se aproxima bastante a la que en el siglo XIII d. C. se tenía de un monarca ideal.

¡Pero con todo, algunos rasgos incorporados en la obra de Alfonso X pero que no son mencionados en la de Jiménez de Rada, le delatan. Ante todo, Espan poblará puertos de mar y lugares en las montañas; según la crónica, porque temía que por ahí le llegaran peligros. Pero lo cierto es que el viejo Baal Sapanu era un Dios de la Tempestad que residía, como la totalidad de sus congéneres, en soberbias montañas, y que por su relación con los fenómenos atmosféricos acabó ejerciendo dentro del mundo semita las funciones propias de un dios del mar, durante el I milenio a. C. Así parece haber sido adorado en Cartago, y en otros puntos del Mediterráneo, como en el propio Cabo de Palos o en las cercanías de Gadir. En la crónica Espan vive en tiendas, antes de construir una pequeña villa y de que gracias a su hija Liberia, ese personaje astral, Gadir se urbanice. En la literatura ugarítica del II milenio a. C. el dios necesita un palacio, que al final consigue que se le construya en el Sapanu gracias a la intervención de äapöu, igualmente una diosa astral. Según la crónica, los pocos años de vida de Espan como rey fueron fértiles y prolíficos, y su fallecimiento supuso un enorme dolor para sus súbditos, suicidios, llantos y lutos de por vida. En la literatura ugarítica el dios es el garante de la fertilidad en la tierra, y cuando muere se cierne sobre su pueblo la desolación y el dolor; los dioses y las diosas, y los hombres en las ceremonias, se rasgaban las vestiduras llorando y se herían en medio del dolor, la tierra se secaba, el mundo se paralizaba, antes de que Baal volviera a la vida, tras vencer a la muerte. Espan es sepultado en algún lugar de Cádiz. Baal, en el Sapanu. Conjeturo que la tumba gaditana del buen rey Espan debía estar situada en el Mons Cassius citado por Avieno.³

La aceptación de esta hipótesis supone considerar la existencia de dos desplazamientos: uno lingüístico y otro geográfico. El primero se sustancia en la transformación de la raíz semita *Spn* en el nombre latino *Hispano/Hispano*, según aparece en Justino. En lo referente al cambio *n/l*, aunque entra de lleno en el campo de la elucubración intentar discernir el término preciso empleado por Trogo, sea cual fuere es irrelevante para nuestros propósitos, ya que fonológicamente, y dentro del campo de los cambios consonánticos condicionados, la asimilación-disimilación parcial *n/l* es un fenómeno bastante habitual, por lo demás constatado en fenicio y ugarítico para el grupo *spn/spl* (DEL OLMO LETE, 1986). Asimismo, el cambio *n/l* está documentado con certeza en Chipre y en el ámbito púnico. Y en Hispania la inscripción Hisp. 12 (sobre un anillo con sello), aunque de difícil lectura, parece ser una variante (*Ödlb'l*) fonética, o tal vez

³ Sobre la literatura ugarítica, véase en la bibliografía: DEL OLMO LETE (1981), *passim*.

gráfica, de *Ódnb'l* (RÖLLIG, 1986). En consecuencia, para nuestras indagaciones es indiferente que la forma del nombre recogida por Trogo fuera Hispalo o Hispano, ya que parto de la base de que el término hunde sus raíces y se desarrolla en un contexto semita peninsular.

Podemos quedarnos por tanto con el término Hispano. Incluso de manera intuitiva, sus concordancias con el grupo *Spn* son notables, en especial si tenemos en cuenta los serios problemas con que se solían encontrar los autores latinos a la hora de lidiar con términos de una lengua extraña a la suya y cuyas fuentes escritas despreciaron casi por completo. Como ha señalado Lancel, en autores como Livio se percibe la reducción extrema de una rica onomástica, que además conlleva transcripciones simplificadas. El propio Justino cuando habla de un cierto Sunatio parece estar refiriéndose, en realidad, a un tal Eshmuniaton (LANCEL, 1994: 34, 109-111, 113, 136, 182-183, 239-244, 359). La reiteración de metátesis, distorsiones morfológicas y alteraciones vocálicas complica las comparaciones, al igual que nuestros precarios conocimientos sobre las lenguas semitas e indígenas habladas en la península ibérica durante su protohistoria, o que el término Hispalo/Hispano aportado por Justino sea el único razonablemente antiguo del que tenemos constancia para este personaje. Pero como Hispano es un héroe epónimo, podemos analizar el término Hispania.

La guía de la siguiente exposición será García y Bellido (1947) (véase también DOMÍNGUEZ MONEDERO, 1983). La primera mención que poseemos relacionada con el topónimo se halla en los *Anales* de Ennio (c. 200 a. C.), que pone en boca de un personaje que ha hablado como «hispano» («*Hispane, non Romane memoretis loqui me*»; *FHA* II, pp. 124-125»). En textos romanos del siglo II a. C. sólo L. Casio Hemina utiliza el referente, al parecer hablando de la Segunda Guerra Púnica («*In Hispania pugnatum bis, utrasque nostri loco moti*»; *FHA* II, p. 131); es entonces cuando por vez primera aparece el topónimo en un texto latino. Aunque se usa dos veces más en un autor de este siglo, L. Celio Antipater, es dudoso que las citas que de él hacen Livio (XXI, 47, 4) y Plinio (*NH*, II, 169) sean textuales, por lo cual de poco pueden valerlos aunque Schulten (*FHA*, II, p. 148) tuviera razón y Antipater hubiera empleado fuentes púnicas. Es en el siglo I a. C. cuando el término es ya corriente entre historiadores. En griego, la primera cita conocida es el adjetivo «hispano», en un texto sobre mecánica algo anterior al de Ennio, de Filón de Bizancio (*FHA*, II, pp. 108-109), que según García y Bellido se basó en informes romanos coetáneos. Pero pese a lo que afirme Estrabón (III, 4, 19), los escritores griegos emplearán sobre todo el término Iberia y los latinos el de Hispania. Aunque por influencia culta, a veces los segundos escriben Iberia e Hiberia, y los helenos Hispania. Cronológicamente, el primer caso en que pudiera aparecer el nombre latino de Hispania adoptado por un griego, es el de Difilo (posterior al siglo IV a. C.) que habla del «garum» de Sexi llamándolo *spanòs* = hispano (*FHA*, II, p. 85). El adjetivo daría un topónimo *Spanía*, quizá más antiguo que Hispania. Si Ateneo, en el siglo II d. C., cita textualmente en este pasaje (III, 121a), sería el primer indicio conocido del nombre. Pero según García y Bellido no

sabemos cuando vivió ese Difilo ni si el adjetivo que da Ateneo es correcto. De serlo, sería anterior al de Filón.

Según García y Bellido, el nombre de la península derivaría de *i-sephan-im* («costa de los conejos») que sería el nombre común entre los púnicos; y los romanos conocerían la península con el nombre púnico de Ispanía, al que añadirían una *H-* quizás similar a la de Hiberia, la de Hasta o la de Hispalis. En general, los textos epitáficos presentan con frecuencia la grafía *Ispanía* y sus derivados. En el mundo griego del tiempo del Imperio romano se lee en ciertas lápidas el adjetivo hispano derivado de la forma *Spanía*, que aparecen a la vez que adjetivos derivados de la forma Hispania. Y en San Pablo (*Romanos*, XV, 24, 28) pese a lo que pudiera esperarse por su formación helénica no encontramos el nombre de Ibería sino el de *Spanía*. Asimismo, Hipólito de Roma emplea el nombre *Spanía* y el adjetivo *spanòs* (MANGAS y PLÁCIDO, 1999, nº 122). Mientras que en San Isidoro aparecen las dos formas: *Hispania* y *Spania*.

Aunque García y Bellido no se decantaba tajantemente por el parasitismo de la *H-* inicial del término, el mismo parece probable. Ya en el siglo III a. C. el signo era dentro del mundo latino una grafía que no respondía a ningún sonido vivo y que había perdido hacía mucho su entidad fonética. Esto y sus carencias fonológicas se reflejan en el sistema gráfico, en el que la *nota* (no *littera*) *aspirationis* es una marca preventiva, no etimológica, que evita diptongaciones, monoptongaciones y consonantizaciones en hiatos. Su mantenimiento implicó irregularidades como la coexistencia de grafías (*harena/arena*), o la adquisición de *h-* inicial no etimológica (así, en *umerus*, *umoro umidus*). Si gráficamente se conservó la *h-* inicial, se debió sobre todo a su restablecimiento cultista tras su desaparición (ya consumada en el siglo III a. C.); será sobre todo la difusión de la lengua y la cultura griegas lo que propicie su preservación por analogía con el espíritu áspero griego. Desde Terencio, la tendencia a escribir y pronunciar *h-* se convierte en señal de cultura y distinción. El signo acabará convertido en un marchamo de cultura, del que llega a abusarse desde el siglo I a. C. Pero en la siguiente centuria, la epigrafía muestra a las claras que por entonces ya no tenía valor real en el alfabeto de los lapicidas, razonablemente lo más próximo al lenguaje hablado (FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 1995).

La aspiración inicial en latín constituía por tanto en los siglos que nos ocupan un artificio elegante y erudito, de signo helenizante, fomentado en las escuelas romanas de retórica y que no alcanzó a las zonas más apartadas de la urbe ni a las clases de más bajo nivel cultural (FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, *ibidem*). En consecuencia, como intuía García y Bellido, podemos conjeturar que los términos *Ispanía* y *Spanía* se hallan más cercanos a su raíz original que el de Hispania, siendo la *H-* una grafía no etimológica que respondería a una moda helenizante imperante en los ambientes cultos romanos desde el siglo II a. C. Ello explicaría que en textos probablemente anteriores (como el atribuido a Difilo), en epígrafes, en escritores coetáneos pero lejanos culturalmente a la urbe (como San Pablo) y en otros autores (San Isidoro e Hipólito) dicha aspiración inicial brille por su

ausencia. Y que aparezca en los autores latinos del siglo II a. C. y en Filón, que al parecer trabajaba a partir de informes romanos, de los que debió tomar un término que como sabemos fue, en general, ajeno a los autores helenos. Y también que aparezca en los autores latinos del siglo I a. C., centuria en que se dan dos fenómenos paralelos: la generalización del término entre estos autores, y el empleo excesivo e inapropiado por parte de los mismos de la aspiración inicial. Estas consideraciones sobre el topónimo «Hispania» y el adjetivo «hispano» son extensibles al héroe epónimo Hispano, ya que el galorromano Trogo Pompeyo vivió en época augústea. Por tanto, cabe concluir que el término *Ispano-Spano* bien puede ser una forma más pura del nombre de este héroe epónimo.

Otra cuestión por dilucidar (también apuntada por García y Bellido) es: ¿a qué se debe la diferencia que existe entre esos dos supuestos topónimos originales: *Spanía* e *Ispanía*? Cabe considerar que una de las dos formas es corrupción de la otra. Que estamos ante dos vías de transmisión diferentes, una de las cuales es más precisa. García y Bellido veía probable, o al menos posible, que la forma *Spanía* fuera la más arcaica, aunque el hecho de que el adjetivo empleado por Difilo nos haya sido transmitido por Ateneo no permite sacar conclusiones taxativas. Pero es posible que ambas formas, *Spanía* e *Ispanía*, fueran correctas.

La partícula *y-* tenía en fenicio el significado de isla o costa. Ello ha servido para defender la existencia de un topónimo originario que sería algo así como *i-sephan-im*, «isla o costa de los conejos», del que derivaría *Hispania*. [Sin embargo, creo ver aquí un problema: si la forma *Spanía* es la original, y se relaciona con el término hebreo para «conejo», ¿qué quería significar el topónimo, una vez resulta que en inicio el mismo no englobaba la partícula *y-* («costa de»)?]. Igualmente, el nombre original de *Ebussus* se ha considerado que sería el fenicio *i-b-sh-im* («isla de los pinos»), aunque el nombre de la isla, que aparece en sus acuñaciones (*ÖYBSM*) es susceptible de una etimología alternativa, propuesta ya en el siglo pasado: *ÖY-BSM* («habitantes de la isla de Bes»); etimología con la que se han mostrado de acuerdo Solá Solé, Tarradell y J. H. Fernández entre otros, si bien M. Szyner ha puesto en cuestión el significado del elemento *BSM* (MARÍN CEBALLOS, 1994).

Por tanto, la partícula *Y-* del nombre que en latín conocemos como *Ispania* haría referencia en inicio, probablemente, a la idea de costa o isla. Y según mi interpretación, la forma *Spanía* y el adjetivo *spanòs* derivarían de una raíz *SPN* (*Sapanu*, *Saphón*), probablemente más arcaica, como se vería en su trilateralidad, ya que habitualmente, los términos fenicios constaban de tres elementos consonánticos, a los que se podían añadir prefijos, sufijos y diferentes partículas que hacían el término aparentemente más largo (FUENTES I ESTAÑOL, 1995: 9) (Por lo demás, esta trilateralidad de las raíces es el rasgo más llamativo de la estructura lingüística de las lenguas semíticas en general, incluido el hebreo; cf. TREBOLLE BARRERA, 1998: 65-67). Mientras que la forma *Ispanía* pudiera proceder de una raíz en estado constructo (el estado constructo era la manera en que se formaba el genitivo en fenicio; FUENTES I ESTAÑOL, *idem*: 11) que sería *YSPN* (*Y-SPN* = «costa o isla del *Sapanu/Saphón*»). Incluso, como gráficamente

el artículo (que iba unido a la palabra que determinaba) se representaba en fenicio mediante *h-* (FUENTES I ESTAÑOL, *idem*: 11-12) podríamos ir más allá y ver en la forma *Hispania* una derivación de otra forma que bien podía estar igualmente en uso, al tiempo que las dos anteriores: *HYSPN* («la costa/isla del Sapanu/Saphón»). En este último caso, el gentilicio resultante en singular sería *HYSPNY* (en el anterior, *YSPNY*) muy próximo al término empleado (en el plural) por los autores latinos: *hispani*. No obstante, la problemática que va unida a la cuestión de los límites de la aspiración inicial en latín oscurece la cuestión y no permite discernir si el empleo de la *h-* inicial es un cultismo o una reminiscencia etimológica.

En todo caso, los otros dos términos (*Spania*, *Ispania*) cobrarían carta de ciudadanía a la vez. No estaríamos ante una forma correcta y otra incorrecta de un topónimo original, sino ante usos lingüísticos perfectamente compatibles (así, en el lenguaje habitual y con idéntica corrección, hablamos tanto de «ir a las Baleares» como de «ir a las Islas Baleares»; de veranear «en el Yucatán» como de veranear «en la península del Yucatán»). Y volviendo a nuestro punto de partida, resultaría que el término Hispano que hallamos en el texto de Justino sería «corrupción» de una forma original *SPN*, a la que se habría añadido un prefijo de carácter toponímico (y otro con la función de artículo determinado, o bien como consecuencia de una corriente helenizante).

El segundo desplazamiento que se percibe es de carácter geográfico. En virtud del mismo, el nombre semita del Mons Cassius ubicado en las cercanías de la Gadir fenicia, es decir,

Spn, acabó siendo un topónimo extensible a toda la península ibérica. O quizás, al tramo de costa en que se hallaba ese punto geográfico fue conocido desde un inicio como *yspn*, y después el concepto se aplicó a toda la península. Sea como fuere, esto constituye un proceso habitual y bien atestiguado durante la Antigüedad, y también en épocas posteriores (de hecho, conceptos geográficos como el de América empezaron siendo aplicados a una zona relativamente pequeña, antes aún de que se conociera todo lo que ahora llamamos América); aunque a veces las peculiaridades de cada caso se nos escapan. El término Libia, empleado por los autores griegos, puede proceder del bereber *Leivata*, topónimo correspondiente a una zona próxima a Cirene. África, término procedente del latín, puede ser derivación del bereber *Awriga*, nombre con el que se designaba el *hinterland* de Cartago. Asia, del topónimo hitita *Assuwa*, que nominaba la región anatólica situada entre los ríos Hermo y Caistro (SCHRADER, 1979: notas 204-207). A veces se produjo un proceso de extensión geográfica paralelo a otro de disminución. Así, Homero llama a los griegos dánaos, aqueos y argivos; pero varios siglos más tarde Aquea y Argos son nombres de distritos locales en la Grecia meridional, y sus descendientes se autodenominan y consideran helenos, nativos de la Hélade, cuando en Homero *Helas* era un mero distrito de la Tesalia meridional. En cuanto a *Graia*, en época homérica era un sitio de Beocia junto al límite de Atenas; y su éxito posterior se debe a que los romanos adoptaron el topónimo como término genérico para toda la Hélade, costumbre que transmitirían a toda Europa,

junto a la de llamar *Graeci*, también por razones que desconocemos, a los helenos (FINLEY, 1995: 16).

Quizás, en muchos de estos casos el cambio semántico fuera propiciado por gentes foráneas, que según iban extendiendo su conocimiento sobre una región, iban aplicando a toda ella el topónimo más reseñable que habían conocido de la misma en un inicio. Este parece haber sido el caso con el concepto geográfico de Iberia, empleado por los autores griegos, y que parece derivar del río Iber, en el sudoeste peninsular. En un primer momento, Iberia parece haber designado a una pequeña región regada por el Iber, probablemente la primera frecuentada con reiteración por los griegos en el extremo occidente. Después, según fueron conociendo otras zonas peninsulares, estas fueron englobándose dentro de ese concepto, que así fue extendiendo su ámbito de aplicación hasta afectar a toda la península (GARCÍA Y BELLIDO, 1947; DOMÍNGUEZ MONEDERO, 1983). En el caso de Hispania, topónimo empleado y extendido por autores latinos y griegos, creo que en un inicio debió hacer referencia a la costa situada al oeste de Gadir, en torno al Monte Casio mencionado por Avieno en su *Ora Marítima*, en el cual moraba el *B'í Spn*. Y cuando Justino señala que Iberia se llama así por el río Ibero, e Hispania por Hispalo, en el segundo caso está aludiendo, a la vez, a dos conceptos: por un lado, a un topónimo; por otro, a un teónimo, el del dios titular del lugar significado por dicho topónimo.

Que fuera el nombre de dicho paraje el tomado para designar al conjunto de la península, se debería por tanto a que Gadir fue el primer núcleo peninsular en el que se articuló, de una manera que en parte desconocemos, el intercambio de mercancías y productos entre los pueblos peninsulares y los viajeros llegados desde el Mediterráneo Central y Oriental. Al llegar a Gadir, estos podían contemplar lo que los colonos fenicios debían, o podían, denominar como *(h)yspn*, «(la) costa/isla del Sapanu», es decir, un litoral vinculado al archipiélago gaditano, de extensión más o menos indeterminada, en una de cuyas prominencias vivía, se había hecho un palacio, y había sido sepultado, el Señor del Sapanu, *B'í Spn*, personaje al que la *interpretatio* greco-latina asimiló ora a Saturno o a Cronos, ora a Poseidón o al Zeus Kassios.

En consecuencia, considero que el Hispano de los textos medievales peninsulares es un viejo integrante de la mitología fenicia y cartaginesa. He intentado exponer en otro lugar las razones por las que creo que fragmentos de una mitología tal, importada a la península en época antigua, pudieron conservarse sin excesivos problemas, aunque interpretados y reinterpretados, en la literatura hispana medieval (MATESANZ GASCÓN, 2002). Por lo tanto no me detendré sobre el particular. Pero sí parece conveniente reflexionar sobre las razones por las que la *Estoria de España* del rey Alfonso X puede incorporar, nada menos que en el siglo XIII, algo tan aparentemente sorprendente y novedoso como es la historia de Espan y Liberia. Algún autor ha considerado que el fenómeno se inserta dentro de un continuo en virtud del cual a partir de una mera referencia etimológica se acaba haciendo un rey (ESTÉVEZ SOLA, 1990, 1993), con el cual se va vinculando a los

reyes castellanos mediante lazos de sangre, hasta hacer a estos descendientes directos de aquel. Pero esta interpretación de la historiografía es errónea, pues en términos estrictamente lógicos, implica la asunción de una serie de falacias. Por una parte, considera que existe algo así como un «continuo» textual, que liga a Justino con Alfonso X el Sabio, mediante una serie de eslabones que conocemos en su totalidad. Por otra, de manera implícita considera que la mención de Hispán hecha por Trogo Pompeyo, y salvaguardada por Justino, es todo lo que de «real» sobre Hispán se sabía en la Antigüedad. Asimismo, parte de la base de que dicha mención es una mera referencia etimológica. Pero ni mucho menos conocemos todas las fuentes (tanto orales como escritas, tanto musulmanas como cristianas) empleadas en la confección de la *Estoria de España* de Alfonso X. Lo que se sabía sobre Hispano en la Antigüedad lo desconocemos (y ya hemos visto cómo podemos tener noticias sobre el mismo, sólo que hechas usando términos helenos o latinos). Por lo demás, las referencias etimológicas a veces son falsas y a veces son verdaderas, cosa a menudo difícil de determinar sólo a partir de la propia referencia. Por último, estas interpretaciones dejan sin responder algunas cuestiones; por ejemplo, por qué nadie desdice a Justino durante siglos, más bien al contrario. O por qué durante la Edad Media la historiografía hispana recoge curiosas historias sobre este Hispano. Aunque en este último caso se suele recurrir al fácil expediente de la prolífica inventiva medieval, esto difícilmente puede explicar nada.

Pero queda por analizar una cuestión realmente interesante, piedra angular en la consideración de Hispano como una entelequia: la tardía aparición de mitos sobre él, más de un milenio después de que Trogo le mencione por vez primera. A primera vista, parece una razón de peso, por lo que debemos examinarla con detenimiento. Ello nos mostrará dos hechos evidentes: uno, que los posibles mitos sobre el personaje no constituían «tema» para la literatura cristiana anterior. Y dos, que por razones geopolíticas su pervivencia durante estos siglos tuvo lugar en al-Andalus y en la literatura andalusí.

II. LA HISTORIOGRAFÍA

Al examinar, buscando referencias a Hispano, la historiografía generada por la Edad Antigua y la Edad Media, la primera pregunta que debemos plantearnos es: ¿Hay alguna obra historiográfica en la que ese personaje debiera ser mencionado y sin embargo se le obvie? ¿Cuál o cuáles son? La respuesta es, en todo caso, negativa. Desde luego, la literatura antigua no fue dada a tales investigaciones. Historiadores como M. I. Finley o Arnaldo Momigliano (y filósofos como Collingwood), han expuesto por extenso cómo la historiografía greco-latina fue en esencia contemporaneísta y de signo político. Y en cuanto al género geográfico-etnográfico, tras la brillante época de Artemidoro, Polibio, Posidonio, Asclepiades, Estrabón, Diodoro... el mismo declinó; tenemos, sí, el *De Situ Orbis* de Pomponio

Mela, geógrafo bético; la *Naturalis Historia* de Plinio, procurador en la Bética durante el siglo I d. C.; y las *Cuestiones Naturales* de Séneca. Pero los intereses geográficos de Séneca, Mela o Plinio eran tangenciales a la historia. Y paralelamente el interés de la geografía más «histórica» se desplazó hacia ámbitos distintos al hispano. Caso de Tácito o de Arriano de Nicomedia, cuyos trabajos estaban condicionados por las necesidades de la expansión militar romana en Germania y en el limes *oriental* (RIESTRA RODRÍGUEZ, 1985: 286-296). En el siglo II lo más notable desde un punto de vista histórico-geográfico serán las *periégesis*, con la descripción de lugares y monumentos célebres; y el renacimiento de la geografía «científica» (con Marino de Tiro y Claudio Ptolomeo), que sobre todo es cartográfica. Tras ellos, la geografía se centra en el registro de lugares y distancias, así como en la compilación de autores anteriores. Y con el triunfo del cristianismo, la dimensión geográfica de los escritores bajoimperiales se pondrá directamente al servicio de la religión (TSIOLIS KARANTASI, 1997: 60ss.). En España, según el detallado recuento que Sánchez Alonso hace de la historiografía «nacional» hispana durante la etapa visigoda, sólo una obra es asimilable, con cierta amplitud de miras, a un texto geográfico: el *Itinerario* de Eteria, compuesto por una ferviente cristiana, probablemente gallega, que llegó hasta Jerusalén en el año 393. Este libro de viajes recoge sus andanzas, las fiestas a que asistió y lo que sobre ellas referían a la viajera los religiosos que la acompañaban (SÁNCHEZ ALONSO, 1941: 89-90). Es evidente que no es en esta producción donde deberíamos esperar encontrar referencias sobre Hispano.

Si pasamos a la historiografía, vemos que si antes esta no se preocupó mucho por estas antigüedades, desde estos momentos se olvida completamente de ellas. Con posterioridad a la época de Justino, las crónicas al uso se ocupan casi exclusivamente de eventos contemporáneos, son de carácter eclesiástico o se insertan en el modelo de la historia universal. Basta con examinar lo más granado del repertorio historiográfico hispano del momento para percatarse de ello. La crónica del Biclarense se inicia en el 567 (donde acaba la de Víctor de Túnez) y finaliza en el 589. La de Idacio (que muere en el 470) empieza donde termina la de San Jerónimo (en el 378) y acaba en el 469. Lo más notable que escribió el ínclito Braulio fue una vida de San Millán de la Cogolla. Y lo principal de Julián de Toledo (644-690) es una *Historia Wambae regis*. Por su parte Valerio del Bierzo (625-695) hizo una notable labor de recopilación, sólo que hagiográfica. Nada cabe decir de la supuesta *Historiola* de Máximo de Zaragoza, perdida casi íntegramente (SÁNCHEZ ALONSO, 1941, *passim*).

Pero conviene que reparemos en quien es la principal figura cultural de la época visigoda: San Isidoro. Su *Historia Regum Gothorum, Suevorum et Vandalorum*, es lo más parecido a una historia nacional, pero en realidad es una historia de los pueblos germanos a que se refiere su título, que se inicia con sus andanzas fuera de la península, continúa con su penetración en la misma y acaba en tiempos de Suintila, con escuetas referencias a cada reinado. Su *Chronica mundi*, es una relación histórica universal desde el origen del mundo hasta el año 615, que divide

en seis edades. No es que Isidoro no dispusiera de más conocimientos sobre la historia peninsular previa, es que no consideró pertinente incluirlos en sus historias. En *Etimologías*, XV, 1, 71 escribe que Hispalis se llamó así por haberse fundado sobre un suelo palustre, mediante palos hincados profundamente. Verdadera o falsa, este es el tipo de información, para nosotros histórica a todas luces, que Isidoro no consignó en sus textos historiográficos, probablemente por considerar que esa historia ya estaba «hecha». Notemos, de hecho, un dato esclarecedor: Isidoro habla de Hispán como héroe epónimo de Hispania, pero no lo hace en ninguna de sus obras históricas, sino en sus *Etimologías*. Ello es consecuencia de una constante existente en buena parte de la historiografía medieval: su carácter de *continuatio*, en virtud del cual un autor retomaba un relato donde lo había interrumpido un predecesor; caso por ejemplo de Idacio, o del Biclarense.

Después, tras el derrumbe del reino visigodo, la historiografía cristiana, tanto en su vertiente mozárabe como en su vertiente astur-leonesa, pervivió con caracteres que, en lo que a nosotros respecta, no suponen novedad importante alguna. La *Crónica del 741* comienza su narración por Recaredo (o lo que es lo mismo, por donde acabó el Biclarense); y la *Continuatio Hispana, Crónica del 754* o *Crónica mozárabe*, en el año 611. La *Albeldense*, redactada en el norte cristiano, historia también los períodos anterior y posterior a la invasión, copiando los datos anteriores al año 700 de la crónica de Isidoro. También Alfonso III mandó componer, o compuso, una crónica que abarca de Wamba a Ordoño I (672-866). Las motivaciones que dieron lugar a la composición de estas últimas crónicas: la exaltación de una concepción «goticista» que vinculara a los reyes astures con los monarcas godos (BARBERO y VIGIL, 1986) eran por completo ajenas al estudio de la España antigua. Y motivaciones igualmente ajenas a esto fueron las que movieron a Sampiro a escribir sobre el período comprendido entre los años 866 y 982. En cuanto a la *Chronica Gothorum a sancto Isidoro edita* o *Chronica Pseudo-Isidoriana*, quizás obra de un mozárabe toledano, describe España y tras ello expone la descendencia de Noé hasta los godos, empezando a continuación la historia romana desde Rómulo y enlazando luego las noticias de España con las de los emperadores. El tema central de otra preclara obra de la época, la *Crónica Silense*, son los hechos de Alfonso VI, aunque inserte excursos sobre algunos reinados visigodos, tras justificar en su preámbulo desde un punto de vista cristiano la invasión musulmana por la difusión del arrianismo y la prevaricación en el antiguo reino visigodo. En la *Najerense* (c. 1160) tampoco encontramos nada que se salga de las líneas anteriores: su libro I va desde el principio del mundo hasta el fin de la monarquía visigoda, el II desde Pelayo al matrimonio de Sancha y Fernando I, y el III trata de los reinados de Fernando, Sancho y Alfonso VI, con los que empieza la hegemonía castellana; en lo que a nosotros atañe, hasta Suintila se limita a transcribir el *Chronicon* y las *Historias* de San Isidoro. Por último, ya en el siglo XIII, la crónica de Lucas de Tuy se insertará en un género mixto de historia universal-nacional, en el que se sigue empleando el sistema de las edades

del mundo (en general, cf. SÁNCHEZ ALONSO, 1941; SÁNCHEZ-ALBORNOZ, 1967; BODELÓN, 1989).

Conclusión evidente: Hispán no tenía un hueco en este tipo de historiografía, en que los nuevos textos que se van produciendo son ante todo continuaciones de otros anteriores, o bien obras que buscan ilustrar una etapa concreta y reciente de la historia peninsular. Las razones de esta forma de historiar, propia también de buena parte de la historiografía antigua, han sido expuestas ya con especial lucidez (COLLINGWOOD, 1986: 26-63) y no me detendré a exponerlas. Señalar sólo que en este contexto historiográfico, Hispano podía ser poco más que lo que fue: una escueta referencia etimológica, presente en algunos textos y ausente en otros.

Pero, y estas son las preguntas que realmente nos interesa responder, ¿por qué en el siglo XIII sí se habla de Hispán? ¿de dónde provienen las noticias sobre él? ¿por qué la obra de Alfonso X recoge algunas que no aparecen en la de Jiménez de Rada?

La primera pregunta se responde con facilidad: porque en el siglo XIII se inicia una corriente historiográfica de índole nacionalista, castellana, en la que el concepto de España se revaloriza en cuanto sujeto histórico. En Jiménez de Rada se perciben algunos rasgos propios del antiguo género de la crónica o historia universal, antes tan en boga; pero se hallan ya muy difuminados. Con el Toledano se está ya ante una *Historia de Rebus Hispaniae*, es decir, de las cosas de una nación y sus habitantes (GUIANCE, 1991). Lo que interesa es contar la historia de esa patria, concebida en cuanto sujeto histórico, desde sus tiempos más remotos. Por eso Jiménez de Rada se remonta hasta los orígenes míticos de Hispania y alude con más o menos amplitud a los que en el pasado llegaron hasta ella. Como Hispano o Hispán, un personaje hasta entonces bastante oscuro para nosotros. Pero que no es invención de Jiménez de Rada. Pues de hecho, se le menciona con reiteración en la historiografía andalusí durante los siglos anteriores. Y es de ahí de donde le saca el Toledano, de fuentes andalusíes. En unas condiciones que desconocemos con precisión, Hispán gozó de cierta popularidad entre los autores musulmanes peninsulares, que fueron los que varios siglos antes de que el Toledano o Alfonso X el Sabio intentaran conformar una historia nacional, concibieron y realizaron esa misma idea y se interesaron por el pasado pre-romano de la península ibérica, al margen del discurso bíblicocéntrico propio de los autores cristianos que escribieron historias universales en la península antes de la invasión musulmana (SÁNCHEZ-ALBORNOZ, 1967, 1978).

Estos autores son los que durante varios siglos registraron historias variopintas, algunas de las cuales rememoran un pasado fenicio, o púnico. Pues la dominación de fenicios y cartagineses en la península se ejerció en general sobre regiones que hasta el siglo XIII son parte directa de al-Andalus, en territorios por lo común ajenos a la literatura de los reinos cristianos peninsulares, y lejanos, en todos los sentidos, de los centros monásticos astures, leoneses o castellanos y de las crónicas que en ellos se confeccionan. Cuando en Toledo Jiménez de Rada explote las fuentes

musulmanas de manera reiterada, para escarbar en el pasado pre-romano de la península, será cuando Hispán retorne a la historiografía cristiana, mediante algunas vaguedades inconexas, que adjudican a nuestro personaje prestigiosas construcciones, en lugares de difícil relación: Cádiz, Segovia o Galicia. Unos años más tarde, la *Estoria de España* del rey Sabio tomará como base la historia de Hispán narrada por Jiménez de Rada, a la que añadirá algunas noticias que no aparecen en aquél, pero que nos dan la clave para conocer la personalidad del héroe epónimo. Desde una perspectiva filológica, sólo se puede establecer que entre un texto y otro ha mediado un proceso de *amplificatio*, que, a falta de otro tipo de análisis, se ha venido a considerar una cuestión de mera inventiva. Pero en realidad, lo que hemos de analizar en detalle son dos cuestiones concretas: ¿qué es lo que se incorpora en la obra de Alfonso X? Y también, ¿qué ha pasado entre el momento en que Jiménez de Rada concluye su obra y el momento en que Alfonso X inicia la suya?

Lo que se incorpora en la *Estoria de España* es un estrato de noticias cuyo epicentro es Cádiz; aquí residen Espan y Liberia, aquí establecen su capital, aquí será sepultado Espan y reinarán Liberia y Pirus. (Señalemos que también se incorpora otra serie de noticias centradas en Niebla, Sevilla, Osuna, Granada...). Junto a las vagas y ubicuas noticias de Jiménez de Rada, que la *Estoria de España* no desprecia, aparece un relato más coherente, cuyo escenario se señala y acota con precisión: una Cádiz pre-romana y pre-cartaginesa. Pero cuando en la década de 1240 el Toledano termina su obra, la conquista de Andalucía por las huestes castellano-leonesas apenas se ha iniciado. Sólo tras la unión de los reinos de Castilla y León (1230) en la persona de Fernando III, podrá realizarse, a un ritmo vertiginoso por lo demás. Córdoba cae en 1236, Jaén en 1246, Sevilla en 1248. Los múltiples y multiformes intereses de ese hombre nacido en la localidad navarra de Puente la Reina, al que conocemos como el Toledano, radicaban en áreas aún lejanas a la vieja Cádiz: en su sede toledana, o en el importante adelantamiento de Cazorla, término de frontera a cuyo frente estaba, y donde poseía cuantiosos bienes y fortalezas (GRASSOTTI, 1972). Sus intereses historiográficos también estaban alejados de las playas onubenses o gaditanas y de las riberas del Guadalquivir; la historia de los reinos andalusíes es totalmente marginal en la *Historia de Rebus Hispaniae*.

Sin embargo, cuando un cuarto de siglo más tarde, hacia 1270, se inicia la confección de la *Estoria de España* de Alfonso el Sabio, la geografía política peninsular ha experimentado una notable transformación. Tras la caída de Sevilla, los reyezuelos de Niebla y Tejada se ven convertidos en tributarios del rey castellano-leonés, en cuyas manos también caen la zona del Guadalete y la de la bahía de Cádiz. Desde ahora el futuro rey Alfonso X va a estar muy vinculado a la Baja Andalucía, en múltiples sentidos. Y cuando la *Estoria de España* nos cuenta la historia de Espan, en buena medida nos está contando un modelo de vida para Alfonso X; él también se va a preocupar durante los treinta años siguientes de llevar a cabo una enorme tarea de reorganización y repoblación del espacio recién

conquistado en la Baja Andalucía; él también se preocupará de fortificar esa candente zona de frontera con el mundo musulmán, militarizándola fuertemente y reconstruyendo sus puertos; él también intentará *enderezar la tierra*; y como Espan, querrá ser enterrado en Cádiz. En realidad, la historia de Espan que se recoge en la *Estoria de España* está compuesta de tres grandes estratos; uno es el aportado por Jiménez de Rada en su obra; otro está compuesto por lo que parecen ser antiguas tradiciones locales, durante siglos interpretadas y reinterpretadas, y a veces malinterpretadas, que debieron extraerse de ese espacio recién incorporado al concepto de España cristiana; y un tercero está compuesto por valores típicos del siglo XIII, que los compiladores alfonsíes introducen en la historia de Espan, o más bien, que reconocen o creen reconocer en ella. Lo cual difiere mucho de inventársela.

Cuando Alfonso X manda confeccionar la *Estoria de España*, él y su reino llevan todo su reinado, casi veinte años, ligados a la Baja Andalucía. Desde que Alfonso se corona hasta enero de 1254, de facto la corte está instalada en Sevilla. Aquí el rey se rodea de poetas, traductores, juristas y eruditos y crea el Estudio General para la enseñanza del latín y del árabe, al tiempo que se empiezan a traducir obras al romance (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1993: 37-38). Pronto el soberano empieza a desarrollar una notable actividad en el territorio. A principios de 1253 parece lograr el vasallaje del rey de Niebla, y en 1254 aplasta las expectativas del infante don Enrique de construirse un amplísimo señorío en la zona del Guadalete. Jerez, Lebrija, Arcos son objeto de disputa. Morón, Cote y Lebrija son integradas en el alfoz sevillano, mientras Jerez y la zona del Guadalete se declaran protectorado castellano, sus fortalezas son desmanteladas u ocupadas, y sus habitantes son obligados a pagar tributo al rey (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1993: 40-43). Hacia 1253 el rey establece los *adelantados mayores* de la «frontera» (circunscripción que comprende los reinos de Córdoba, Sevilla y Jaén), los cuales disponen de amplias funciones jurisdiccionales (SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, 1985). Hacia 1257 se inicia desde el área gaditana la Cruzada a África, con la expedición contra Tagunt. Es por ahora cuando se ocupa el Puerto de Santa María y se reconstruye Cádiz (que había sido saqueada en 1244), enclaves desde donde en 1260 parte la expedición contra Salé y que ya un par de años antes parecen emplearse como base naval. En 1261-1262 Niebla es asediada y tomada, con lo que este reino taifa se incorpora a la Corona de Castilla, y este último año se inicia la repoblación oficial de Cádiz (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1983). Así, en 1262 se reparte tierras entre un primer contingente de repobladores cristianos al mando de Guillén de Berja, aunque la población mudéjar siga instalada en el territorio. El propio rey describirá la ocupación de la zona de la bahía de Cádiz en una de sus Cantigas: la 328. Y en 1263, el soberano da las primeras disposiciones sobre su entierro: quiere ser enterrado en Cádiz. Para ello solicita a Urbano IV la creación de la diócesis de Cádiz y la conversión de la iglesia de Santa Cruz en catedral. El 21 de agosto de 1263 Urbano IV concede a Alfonso X, por la bula *Excelsum fecit in*, la restauración-traslación de la diócesis de Medina Sidonia a Cádiz y su

sepultura en la gaditana iglesia de Santa Cruz, que es elevada al rango de catedral. El primer obispo será un gran amigo del rey, fray Juan Martínez; el soberano, por lo demás, dotará a la ciudad con un término amplio y rico, a la vez que de privilegios y títulos (SÁNCHEZ HERRERO, 1981 - 70ss., 169ss., 207-213 - y 1983; ANTÓN SOLE, 1983; JIMÉNEZ, 1983; CORZO SÁNCHEZ, 1983).

Antes de 1264 se han repoblado múltiples lugares, entre ellos Sevilla, Niebla, Carmona y Écija (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1993: 159-174). La sublevación mudéjar (1264) amenazará gravemente toda esta labor. Pero el monarca reaccionará con celeridad, recuperando Jerez y las restantes ciudades de la zona ese mismo año. Expulsada la población musulmana, emprende una nueva repoblación, especialmente reactivada tras la toma de Jerez; así, ya en 1264 hay un reparto de las viñas del Puerto de Santa María, y otras particiones en el término del Puerto. Ello se acompaña del repartimiento de Arcos de la Frontera, y de la repoblación de Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules hacia 1268 (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1983; 1993: 174-175). Al tiempo se remodela la organización de la frontera, instalándose ordenes militares en Osuna y en Estepa. De 1264 a 1269, de nuevo Alfonso X casi no sale de Andalucía, enfrentándose a la sublevación de los mudéjares jerezanos, luchando contra el reino de Granada, y repoblando la comarca del Guadalete y de la bahía de Cádiz, zona a la que otorga un enorme valor estratégico (LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, 1983; SÁNCHEZ SAUS, 1983). Entre noviembre de 1267 y abril de 1268 reside en Jerez, donde convoca las Cortes de 1268. En ellas se designa a Huelva, Cádiz, Vejer, Jerez y Sevilla puertos legalmente reconocidos para comerciar con el extranjero. Probablemente unos meses después se inicia la confección de la *Estoria de España*, pues en 1270 se demandan libros para acometer esa tarea a monasterios del norte de España, lo cual implica que la idea estaba ya en estado embrionario desde algún tiempo atrás.

Para la *Estoria de España* se recopiló, según se dice en el prólogo de la obra y ha demostrado la crítica filológica, todo aquello a lo que se pudo echar mano: historias cristianas, fabulillas, cantares, poemas, tradiciones orales, textos geográficos musulmanes..., cualquier relato, oral o escrito, que hablara del *fecho d'España*. Pero para entonces el *fecho d'España* englobaba un ámbito sensiblemente distinto al de un cuarto de siglo antes. Resulta evidente que el patrocinador de la obra era el primero que estaba ligado a esos nuevos dominios cristianos de manera muy personal. Aparte de su deseo de ser enterrado en Cádiz, permite percibirlo que el santuario mariano del *Gran Puerto de Santa María*, creado por el propio monarca, fuera una de sus advocaciones preferidas, a la que en las *Cantigas* dedicó todo un ciclo, quizás el más personal y entrañable de todos (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1993: 159 y 174). Cuando entre 1275 y 1277 el Puerto de Santa María sea literalmente arrasado por los mariníes, el rey volverá a emprender con entusiasmo su repoblación, y poco antes de morir, en enero de 1284, establecerá una exención general de impuestos a favor de los ganados del santuario mariano, seguida, unos meses más tarde, de la concesión de nuevos privilegios al concejo. Como ha apuntado Sánchez Herrero, aún de manera

quimérica Cádiz fue grande en la mente de Alfonso X, el rey que quiso enterrarse en ella y que la incorporó a Castilla, la convirtió en sede episcopal y quiso hacerla puerta para la Cruzada africana (SÁNCHEZ HERRERO, 1981: 279).

Los sucesos de estos dos decenios implican la existencia de un *humus* heurístico muy cambiado con respecto a los tiempos del Toledano. Porque para historiar un nuevo territorio se precisa de fuentes distintas. De muestra, un botón. La historiografía alfonsí emplea la obra del polígrafo, natural de la zona de Huelva-Saltés, y residente en Sevilla, Córdoba y Almería, al-Bakri; de hecho, el análisis filológico induce a ver como probable que la historia de Hispán que hemos visto en la *Estoria de España* esté vinculada a este erudito (DÜBLER, 1951; FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ, 1992: 192-202); pero al-Bakri, el mayor geógrafo del Occidente musulmán junto al ceutí al-Idrisi, escribe su obra a mediados del siglo XI. Y aunque hay rastros de su obra, hoy casi totalmente perdida, en la historiografía cristiana posterior, hay que esperar a la historiografía alfonsí, posterior al asalto cristiano sobre tierras andaluzas, para que sea explotada con especial intensidad. Es una vez que las huestes castellanas y leonesas han llegado a las playas sudoccidentales de la península cuando su rey se preocupa de recoger su historia. Y para confeccionarla no inventa, sino que recoge lo que antes, durante siglos, ha sido innecesario para los cronistas de Silos, Nájera o Tuy.

No conviene despreciar hechos como la evolución general de la historiografía durante el período. Pero los mismos no pueden desligarse de factores de índole histórica. La incorporación de esas noticias sobre Hispano se basa en la necesidad, para unos nuevos dominadores, de organizar un espacio y un tiempo. Pero ninguna de las dos cosas se ejerce sobre la nada. La historiografía, por lo común, no inventa; la historiografía se apropia. La dominación de las tierras hispalenses, y del litoral gaditano y onubense, y el interés por organizar esa conquista, política, jurídica, administrativa, militar y demográficamente, junto con un mayor conocimiento de primera mano sobre su historia, sus leyendas y sus mitos, y el deseo de apropiarse de ellos, explican que la historiografía castellano-leonesa ahora se preocupe por la historia de un territorio que incorpora primero materialmente, y después, textualmente. Sean relatos orales, textos historiográficos o relaciones geográficas, lo antes no utilizado es ahora explotado con mayor sistematicidad para dar cuenta de un pasado y de un territorio hasta hace poco ajenos a la España cristiana. Y al ocurrir ello en un momento en que se están buscando unas raíces situadas más allá del pasado visigodo o romano, viejas tradiciones encuentran un insospechado hueco en la historiografía castellana del siglo XIII. Entran así en la *Estoria de España* fuentes locales no empleadas por el Toledano, pero que también pretenden dar cuenta de la antigüedad peninsular; porque tal parece ser la historia de Espan que recoge la historia nacional del rey Sabio: historia local de una zona concreta de la Baja Andalucía, donde debió de hallarse en maceración durante siglos, evolucionando y cambiando sin cesar, a partir de un modelo antiguo que pese a todo aún parece ser reconocible.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTÓN SOLE, P. (1983): «La iglesia gaditana en el siglo XIII», en *Cádiz en el siglo XIII. Actas de las «Jornadas Conmemorativas del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio»*, pp. 37-48, Cádiz.
- BARBERO, A. y VIGIL, M. (1986): «La historiografía de la época de Alfonso III», en *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona (4ª edición), pp. 232-278.
- BLÁZQUEZ, J. Mª (1992): *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid.
- BODELÓN, S. (1989), *Literatura latina de la Edad Media en España*, Madrid.
- BONNET, C. (1987): «Typhon et Baal Saphon», *Studia Phoenicia* V, pp. 101-143.
- CASTRO SÁNCHEZ, J. (ed.) (1995): *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo*, Madrid.
- COLLINGWOOD, R. G. (1986): *Idea de la Historia*, México (2ª edición).
- CORZO SÁNCHEZ, R. (1983): «Monumentos del Cádiz alfonsí», en *Cádiz en el siglo XIII. Actas de las «Jornadas Conmemorativas del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio»*, pp. 161-171, Cádiz.
- DE CARLOS VILLAMARÍN, H. (1993): *Las antigüedades de España. Fundadores y reyes míticos en la Literatura Medieval*, Santiago de Compostela (tesis doctoral en microficha).
- DEL OLMO LETE, G. (1981): *Mitos y leyendas de Canaán según la tradición de Ugarit*, Madrid-Valencia.
- (1986): «Fenicio y Ugarítico: correlación lingüística», en Gregorio del Olmo Lete y Mª Eugenia Aubet (directores), *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986, vol. II, pp. 31-49.
- DIEGO ESPINEL, A. (1998): «El templo de la Ba'alat Gebal como intermediario de los contactos entre Biblos y Egipto durante el Reino Antiguo», en J.-L. Cunchillos, J. M. Galán, J.-A. Zamora, S. Villanueva de Azcona (eds.), *Actas del Congreso «El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente»*, Sapanu. *Publicaciones en Internet II* [<http://www.labherm.filol.csic.es>].
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1983): «Los términos «Iberia» e «iberos» en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum*, II, pp. 203-224.
- DÜBLER, C. E. (1951): «Fuentes árabes y bizantinas en la *Primera Crónica General*», *Vox Romanica*, XII, pp. 120-180.
- ESCACENA, J. L. (1986): «Gadir», en Gregorio del Olmo Lete y Mª Eugenia Aubet (directores), *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986, vol. I, pp. 39-58.
- ESTÉVEZ SOLA, J. A. (1990): «Aproximación a los orígenes míticos de Hispania», *Habis*, XXI, pp. 139-152.
- (1993): «Algo más sobre los orígenes míticos de Hispania», *Habis*, XXIV, pp. 207-217.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. (1995): «Límites precisos de la aspiración inicial en latín», *Habis*, XXVI, pp. 271-280.
- FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, I. (1992): *Las Estorias de Alfonso el Sabio*, Madrid.
- FINLEY, M. I. (1995): *El mundo de Odiseo*, Madrid (Nueva York, 1977).
- FUENTES I ESTAÑOL, M. J. (1995): *Manual de Gramática fenicia*, Barcelona, 1995.

- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1947): «Los más remotos nombres de España», *Arbor*, XIX (1947) = *Revista Guimaraes*, LVI (1947), pp. 227 y ss. = *Veinticinco estampas de la España antigua*, Madrid, 1967 (estampa nº 25).
- GASPERINI, L. (1997): «Cultos de héroes fundadores: Batos en Oriente, Taras en Occidente», en *Héroes y antihéroes en la Antigüedad Clásica* (J. Alvar y J. M^a Blázquez, eds.), Madrid, pp. 315-332.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (1983): «La obra repobladora de Alfonso X en las tierras de Cádiz», en *Cádiz en el siglo XIII. Actas de las «Jornadas Conmemorativas del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio»*, pp. 7-20, Cádiz.
- (1993), *Alfonso X el Sabio 1252-1284*, Palencia.
- GRASSOTTI, H. (1972): «Don Rodrigo Ximénez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del siglo XIII», *Cuadernos de Historia de España*, LV-LVI, pp. 1-302.
- GUIANCE, A. (1991): «Morir por la patria, morir por la fe: la ideología de la muerte en la *Historia de rebus Hispaniae*», *Cuadernos de Historia de España*, LXXIII, pp. 75-106.
- JIMÉNEZ, A. (1983): «Arquitectura gaditana de época alfonsí», en *Cádiz en el siglo XIII. Actas de las «Jornadas Conmemorativas del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio»*, pp. 135-159, Cádiz.
- LANCEL, S. (1994): *Cartago*, Barcelona (París, 1992).
- LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E. (1983): «Cádiz, frontera del Islam (1253-1284)», en *Cádiz en el siglo XIII. Actas de las «Jornadas Conmemorativas del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio»*, pp. 65-74, Cádiz.
- MANGAS, J. y PLÁCIDO, D. (eds.) (1999): *La Península Ibérica prerromana: de Éforo a Eustacio. Testimonia Hispaniae Antiqua II B*, Madrid.
- MARÍN CEBALLOS, M. C. (1979-1980): «Documentos para el estudio de la religión fenicio-púnica en la Península Ibérica. II: deidades masculinas», *Habis*, X-XI, pp. 217-231.
- (1994): «La religión fenicio-púnica en España (1980-1993)», *HAnt*, XVIII, pp. 533-568.
- MATESANZ GASCÓN, R. (2002): «¿Dónde está la mitología fenicia?: Al-Idrisi y los Aventureros de Lisboa (I)», *Gerión*, XX (en prensa).
- POVEDA NAVARRO, A. M. (1999): «Melqart y Astarté en el Occidente mediterráneo: la evidencia de la península ibérica (siglos VIII-VI a. C.)», en Benjamí Costa y Jordi H. Fernández (eds.), *De Oriente a Occidente: los dioses fenicios en las colonias occidentales. XII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Eivissa, 1997), pp. 25-61, Eivissa.
- RIBICHINI, S. (1988): «Creencias y vida religiosa», en Sabatino Moscati (dirección científica), *Los fenicios*, Barcelona, 1988, pp. 104-125.
- RIESTRA RODRÍGUEZ, J. L. (1985): *La concepción geográfica de C. C. Tácito*, Universidad Complutense de Madrid (tesis doctoral).
- RÖLLIG, W. (1986): «Contribución de las inscripciones fenicio-púnicas al estudio de la protohistoria de España», en Gregorio del Olmo Lete y M^a Eugenia Aubet (directores), *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986, vol. II, pp. 51-58.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C. (1967): *Investigaciones sobre historiografía hispana medieval (Siglos VIII al XII)*, Buenos Aires.
- (1978): *Adiciones al estudio de la Crónica del moro Rasis*, Madrid.
- SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, J. (1985): «Las reformas de Alfonso X en la organización territorial de la Corona de Castilla», *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense. Monográfico nº 9: Alfonso X el Sabio VII Centenario*, pp. 115-127.

- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1941): *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto*, tomo I (*Hasta la publicación de la Crónica de Ocampo*), Madrid.
- SÁNCHEZ HERRERO, J. (1981): *Cádiz: La ciudad medieval y cristiana (1260-1525)*, Córdoba.
- (1983): «Aspectos urbanísticos de Cádiz durante los siglos XIII al XV», en *Cádiz en el siglo XIII. Actas de las «Jornadas Conmemorativas del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio»*, pp. 21-36, Cádiz.
- SÁNCHEZ SAUS, R. (1983): «Las ordenes militares en la provincia de Cádiz», en *Cádiz en el siglo XIII. Actas de las «Jornadas Conmemorativas del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio»*, pp. 49-63, Cádiz.
- SANMARTÍN, J. (1999): «Génesis oriental de los dioses fenicios de las colonias occidentales», en Benjamí Costa y Jordi H. Fernández (eds.), *De Oriente a Occidente: los dioses fenicios en las colonias occidentales. XII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1997)*, Eivissa, pp. 9-23.
- SCHRADER, C. (ed.) (1979): *Heródoto. Historia, libros III-IV*, Madrid.
- TATE, R. B. (1957): «Mythology in Spanish Historiography of the Middle Ages and the Renaissance», *Hispanic Review*, XXV, pp. 1-18.
- TREBOLLE BARRERA, J. (1998): *La Biblia judía y la Biblia cristiana. Introducción a la historia de la Biblia*, Madrid (3ª edición actualizada).
- TSIOLIS KARANTASI, V. (1997): *La geografia antigua*, Madrid, 1997.
- VIDAL GONZÁLEZ, P. (1998): «El papel del templo de Astarté en la presencia fenicia en Malta», en J.-L. Cunchillos, J. M. Galán, J.-A. Zamora, S. Villanueva de Azcona (eds.), *Actas del Congreso «El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente»*, Sapanu. *Publicaciones en Internet II* [<http://www.labherm.filol.csic.es>].